

Las necesidades educativas (II)

En el artículo anterior, hablábamos de que en la educación de un niño hay que tener muy presentes sus necesidades, del ser en desarrollo que estamos formando. Estas necesidades y los objetivos que nos hemos trazado para su educación han de marcar y guiar la relación educativa que sostenemos con nuestro hijo.

Por ello volveremos a insistir en lo importante de cubrir estas necesidades, y, partiendo de lo recogido en el ciclo *Paternidad y Educación* del folleto de la Escuela de Padres, pasaremos a dar detalle de algunas de las más importantes de estas necesidades.

2.1.- Necesidad de afecto y ternura

El niño, desde el mismo momento en que nace, tiene necesidad de ternura. El hecho de vestir al bebé, de darle de comer, debe poseer el signo distintivo del afecto, del amor. El niño necesita sonrisas, busca el amor en el rostro de su madre, sobre todo cuando esta le amamanta.

Este efecto es importante acrecentarlo cuando nace otro hermano; el mayor se puede sentir desplazado y requerirá más atenciones de sus padres. Los celos son un sentimiento natural que hay que hacer evolucionar y la mejor forma es repartir el afecto entre todos.

El niño percibe inmediatamente la falta de afecto. Cuando observamos un cambio en su conducta o algún retraso en sus logros, debemos preguntarnos si se sentirá feliz, le hará bien demostrarle que lo amamos, por ej., dedicándole más tiempo o tratándolo con más ternura y cariño.

Pero también tenemos que tener en cuenta que no debemos abrumarlo, él necesita su intimidad, su espacio. El niño se sentirá él mismo y se dará a los demás como crea más conveniente. La verdadera ternura es la que se da sin egoísmos. Por ello no hay por qué reclamar que manifieste sus sentimientos ni utilizarlo para gratificarnos.

Pero tampoco reprimirse. El niño necesita que le manifestemos nuestro amor por medio de caricias, besos; al mismo tiempo necesita percibir el cariño que se tienen los padres entre sí. Necesita sentirse aceptado y querido. Así se siente seguro del amor de sus padres y esto le brinda seguridad en sí mismo. Un ambiente seguro es aquel hogar grato en donde el niño encuentra tranquilidad, comprensión, buena acogida y diálogo. Y para éste, el papel de los padres es siempre escuchar, contestar, estar disponible.

2.2.- Necesidad de autonomía.

La necesidad de autonomía se manifiesta en todos los aspectos de la vida del niño. Por ej. en la actividad motora, en la alimentación, en el control de esfínteres, en las relaciones afectivas con sus padres.

El niño choca continuamente con limitaciones y prohibiciones y esto le trae aparejado las frecuentes frustraciones. La frustración puede ser educativa, el niño debe comprenderla y para eso es importante darle las razones. Si el niño vive muy reprimido, si se le prohíbe demasiado, si las frustraciones son excesivas, puede dañarse su personalidad. No le permitimos un desarrollo libre y armonioso de su expresión, de su movimiento.

La necesidad de autonomía está ligada a la función esfinteriana. El control de esfínteres corresponde a la última fase del proceso de maduración del sistema nervioso piramidal. Al poder controlar voluntariamente la micción y la defecación el niño adquiere autonomía en el plano motor.

El niño controla, hace, experimenta. Por eso es muy importante no adelantar el control de esfínteres. Cada niño tiene su proceso de maduración y hay que respetarlo. Por lo general no conviene comenzar antes de los 2 años. Este aprendizaje debe ser grato, sin castigos. La necesidad de autonomía se manifiesta también en el ejercicio de su motricidad.

Empieza por tocar, desear poseer. Luego quiere explorar y experimentar y finalmente construir. Es muy importante dejarlo actuar por sí mismo. Por supuesto, cuidando su integridad física pero dejarlo en libertad para que haga y deshaga y aprenda experimentando.

El lenguaje es un medio para adquirir autonomía. Por eso, hay que dejar hablar a los niños, y sobre todo, escucharlos. No mandarlos a callar, sino enseñarles a expresarse correctamente.

También, la actividad es un medio de conocimiento, es una forma de canalizar su energía vital.

La conquista de autonomía motora es el mejor estímulo para el desarrollo del gusto por la independencia.

Otra de las tareas más importantes de los padres es ofrecer al hijo un campo de experiencias y no poner demasiados límites a su iniciativa. Y para ello resulta muchas veces necesario adecuar el hogar a las necesidades del niño. En lo posible, el niño necesita tener una habitación o un rincón de la casa suyo, donde él pueda hacer y deshacer. Los padres que no tienen en cuenta la necesidad de actividad de los niños, muchas veces generan hijos rebeldes e incontrolados o inhibidos y apáticos.

Por supuesto, que no se debe ceder a todo lo que el niño quiere, pero sí procurar que tenga satisfechas sus necesidades. Todos los niños necesitan ayuda del adulto para aprender a tolerar las limitaciones. Debe comprender las frustraciones para aceptarlas y superarlas. Los niños respetan las reglas y los límites en la medida que ven que los adultos también lo hacen.

Los niños necesitan libertad, pero también un ambiente metódico que los haga sentirse seguros. Y los padres deben tener firmeza para mantener las prohibiciones, pero mucha tolerancia y flexibilidad ante la oposición de los hijos. Estos sentimientos de oposición son normales, pero pueden intensificarse si nos mostramos intolerantes.

Y es aquí, en este punto, en donde nos encontramos con tres actitudes diferentes:

1. Padres que no admiten la agresividad. Tratan de cortar de raíz las manifestaciones de violencia. Quieren un niño obediente, suelen gritarle, amenazarle, castigarle y pegarle. Paradójicamente le “corrigen” haciendo uso de la agresividad que reprimen en el niño. El niño recurre a otros medios de defensa; por ej. se inhibe, se retrae. Esto siempre es menos molesto para los padres, pero interfiere en el desarrollo de la personalidad del niño.

2. Hay otros padres que ceden con el fin de evitar la rabieta. Así logran que el niño tome conciencia de su poder, los domina ampliamente. Pero será incapaz, cuando sea mayor, de soportar las frustraciones que se le presenten.

3. También hay padres que no mantienen una actitud constante. A veces reprimen la rabieta, otras veces lo dejan llorar hasta el agotamiento. Esta falta de criterio uniforme confunde a los niños y les quita seguridad.

La actitud positiva es la de proteger y controlar al niño por medio de una actitud firme, que sepa imponerles hábitos y limitaciones, favoreciendo así su adaptación. Libertad y autoridad son una unidad dialéctica, no puede concebirse una sin la otra, son dos necesidades del niño.

El proceso de maduración afectiva es en gran parte obra de los padres, quienes deben procurar darle satisfacción y disciplina adaptada a sus dos necesidades primarias:

- a) Satisfacción a impulsos instintivos;
- b) Adaptación a la realidad.

Este equilibrio se logra creando un clima emocional adecuado, en ambiente familiar armónico.

2.3.- Ambiente tranquilo

Es importante crear un ambiente tranquilo, aún cuando tengamos poco tiempo. Nuestra agitación puede provocar reacciones nerviosas e inestabilidades de carácter en los niños. Los gritos, los ruidos fuertes, la radio o la TV que funcionan ininterrumpidamente provocan nerviosismo en los niños.

El niño que presencia peleas frecuentes entre sus padres puede quedar seriamente perturbado, ya que no logra comprender las motivaciones ni los alcances de las mismas. Por eso es importante vigilar atentamente nuestros momentos de malhumor. El niño no comprende el por qué de nuestros cambios, se entristece, se cree culpable o se acostumbra a quedar indiferente ante nuestras penas.

2.4.- Sinceridad

La franqueza debe ser un lema para todos los padres, responder siempre la verdad. Es indispensable que el niño nos tenga confianza, de esta manera estaremos creando las condiciones para que ellos recurran a nosotros con sus preguntas sobre los temas que los preocupan: sexuales, sobre la muerte, sobre acontecimientos de su alrededor, etc.

2.5.- Protección y armonía familiar

El niño tiene la necesidad y el derecho de sentirse protegido. Aprende a tener miedo cuando a su alrededor no hay seguridad. Si llora de angustia, hay que consolarlo; no es dejándole solo como curaremos su miedo. No son adecuadas ni las amenazas, ni castigarlo muy duramente, ya que estamos jugando con su sistema nervioso.

El niño tiene derecho a la armonía familiar, el niño siente la necesidad de que las cosas duren siempre, sabe que nació del amor de sus padres y se resiente si ese amor desaparece. Le duele escuchar a sus padres criticarse mutuamente. Para él la moral es la voluntad de sus padres y si ambos tienen criterios diferentes, se siente confundido.

Los padres separados deberán ponerse de acuerdo, en ausencia del niño, sobre los principios educativos que van a seguir en su formación.

En cada familia cada uno tiene que sentirse amado por todos, cada uno tiene que sentirse indispensable y no sólo soportado por el grupo familiar. El niño está hecho para vivir con los demás y para los demás. Al hijo único hay que procurar ponerlo en contacto con otros niños.

Es muy importante entenderse bien en el seno de la familia, ser felices y hacer felices a los demás. Con tranquilidad y buen humor es como se comunica a los hijos la alegría y los deseos de vivir y trabajar.

*Colaboración de
Rubén Gravié y Ana Ma. Baldrich
Presidentes del MFC*